

Linda Flores

SPAN 315

el 27 de febrero de 2014

A+

The Pishtacos

They say that long ago, around the beginning of the republic, some individuals roamed around in almost all of the towns, that killed people who came out to the fields, especially those that were fat and had a very good voice, because they said that the blood and the fat of such persons served in the smelting of the bells; and they said that the better the voice a person had, the louder the bell. This is how these bloodthirsty men, called "Pishtacos" were greatly feared by the people.

Regarding to this belief, the town of San Buenaventura has a story that proves the existence of such Pishtacos.

At that time, there was a very close union or fraternity between the citizens that formed a community and were like one single family for all of their jobs; such that, for example, when an individual made their house, everyone helped him. So the day came when one of them wanted to make his house and as it was custom, everyone, men and women, went to help him. When the roof was the only thing left, which is made out of straw, they agreed to go one day to find the straw at the summit. The appointed day came, and as it was far, halfway there they sat down to rest and to eat their fiambre, that is how the cold lunch that they carried is called. For this cold lunch, they carried toasted corn, cheese, dried fruit and vegetables, grilled potatoes, toasted beans, etc. When they were eating quietly, they were surprised by some strange people that pretended to have a sincere friendship with them; the strange people invited them to some of their fiambre that only consisted of pork rinds and pieces of toasted meat; but these pork rinds contained a drug. *narcotic*

The wives of those that went for the straw had realized that the strange individuals were the Pishtacos. They tried to warn their husbands to not eat the meat, but they did not pay attention to

their wives and continued eating. The strange individuals retreated after finished their lunch, surly going to hiding, waiting the result of their cleverness. Within minutes almost all the men fell into a deep sleep; then the women, desperate, took them however they could to hide them in caves, or covered them with straw so that the Pishtacos did not see them. Immediately after that, they returned to town to warn the authorities and the rest of the people that had stayed there. When they arrived, armed with axes, knives, machetes, etc., to where the others had stayed hidden, two men were missing. All very afflicted for their disappearance of their colleagues and relatives, they decided to go look for the Pishtacos that had committed such crime. About two or three miles away, they finally arrived at a cave where they discovered at first sight the corpses of the men that were missing; they were headless and were hanging from their feet, from some hooks secured to the rocks in the cave. In the lower part, there was a large pot where the blood of the ridge bodies is deposited. Filled with anger and horror, they began to search for the bandits; one of them was found sleeping peacefully after he got the job done... he carefully approached him and with the axe that he had in his hand, released such a hit towards the neck of the Pishtaco, that the head went rolling on one side; however, the reaction was so fast, that the headless body, with a sudden movement, manage to stand up, but could not remain like that and it fell back dead. The other Pishtacos, hearing the noises, fled without being seen. The men picked up the corpses of their relatives and took them to town to give them burial; leaving the body of the Pishtaco in the same place so it can be eaten by the crows.

The Pishtacos fled; unhappy with what had happen to them, they went in search for other people. While walking, they reached a distant hut in which an old woman and her two grandsons lived. The Pishtacos surrounded the hut and prepared to enter, when they heard the old woman pronounce words that they had never heard: "Janampa, janampa, chaita, chaita, uraypi, uraypi!" The bandits believed that the old woman had called people to her aid or that she was a witch that could bewitch them, so they fled, never to return. But in reality, the old woman told her

grandsons to rub their back, and ignoring what was happening outside, she said to them in Quechua, "Up, Up, down, down! To that, To that!" so that they knew where to rub, and thereby contributing to their salvation because if not, they would have been beheaded by the Pishtacos.

beginnings

The
Los pishitacos
(Lima)

Cuentan que hace mucho tiempo, más o menos en los comienzos de la República, andaban por los alrededores de casi todas las poblaciones unos individuos que mataban a las personas que salían al campo, especialmente a aquellas que eran gordas y tenían muy buena voz, porque decían que la sangre y la grasa de dichas personas servían en la fundición de las campanas; y dicen que cuanto mejor voz tenía la persona, más sonora salía la campana. Así es como estos hombres sanguinarios, llamados «pishitacos», eran muy temidos por los pobladores.

Respecto a esta creencia hay en el pueblo de San Buenaventura un cuento con el que prueban la existencia de los tales pishitacos.

En esa época existía una muy estrecha unión o fraternidad entre los ciudadanos que formaban una comunidad, y eran como una sola familia para todos sus trabajos; de tal manera que, por ejemplo, cuando un individuo hacía su casa, todos lo ayudaban en la obra. Así llegó el día en que uno de ellos quiso hacer su casa y como era costumbre, todos, hombres y mujeres, fueron a ayudarlo. Cuando solo faltaba el techo, que se hacía de paja, acordaron ir un día a buscar la paja de las alturas; y sa-

(around)
They say that long ago, about the beginnings of the Republic, there roamed around of almost all the towns, some individuals.

lieron el día señalado, y como era lejos, a medio camino se sentaron a descansar y a almorzar su fiambre, que así se llama al almuerzo frío que llevan; para este fiambre llevaban cancha («maíz tostado»), queso, charqui, papas asadas, habas tostadas, etcétera. Cuando tranquilamente estaban comiendo, fueron sorprendidos por unos desconocidos que les fingieron una sincera amistad; entonces los desconocidos invitaron algo de su fiambre, que solo consistía de chicharrones, trozos de carne tostada; pero estos chicharrones contenían un narcótico. Las esposas de los que iban por paja, que se habían dado cuenta de que los individuos desconocidos eran los pishitacos, hacían señas a sus esposos para que no comieran la carne, pero ellos no dieron importancia a las señas de las mujeres y siguieron comiendo. Terminado el almuerzo, se retiraron los individuos desconocidos, que seguramente se fueron a esconder, esperando el resultado de su astucia. A los pocos minutos ya casi todos los hombres caían en un profundo sueño, entonces las señoras, desesperadas, los llevaban como podían a esconderlos en cuevas, o los tapaban con paja, para que no los vieran los pishitacos; y seguidamente regresaron al pueblo a dar aviso a las autoridades y al resto de la gente que se había quedado allí. Cuando estos llegaron armados de hachas, cuchillos, machetes, etcétera, al lugar donde habían quedado escondidos los demás, faltaban dos hombres. Todos muy afligidos por la desaparición de sus compañeros y parientes, decidieron ir en busca de los pishitacos que habían cometido tal crimen. A unos dos o tres kilómetros de distancia, llegaron por fin a una cueva donde descubrieron a primera vista los cadáveres de los hombres que faltaban; estaban sin cabeza y colgados de los pies, de unos ganchos asegurados a las

rocas que formaban la cueva. En la parte baja había un perol grande, donde se depositaba la sangre de los cueros yertos. Llenos de indignación y horror se pusieron a buscar a los bandidos; uno de ellos descubrió, a unos metros de la cueva, a uno de los pishitacos, que dormía tranquilo después de su obra... se acercó cuidadosamente a él, y con el hacha que llevaba en la mano, descargó tal golpe en el cuello del pishitaco que la cabeza salió rodando por un lado; sin embargo, la reacción fue tan rápida, que el cuerpo sin cabeza, con un movimiento brusco, logró ponerse de pie; pero no pudo permanecer así y volvió a caer ya muerto. Los otros pishitacos, al oír los ruidos, huyeron sin ser vistos. Entonces los hombres recogieron los cadáveres de sus familiares y los llevaron al pueblo para darles sepultura, dejando en el mismo lugar el cuerpo del pishitaco para que se lo comieran los cueros.

Los pishitacos huyeron; descontentos con lo que les había sucedido, se dirigieron en busca de otras personas; así andando, llegaron a una choza apartada en la cual vivía una viejecita con sus dos nietecitos. Los pishitacos habían rodeado ya la choza y se preparaban a entrar en ella, cuando oyeron que la viejecita pronunciaba palabras, que ellos nunca habían escuchado: «¡Janampa, janampa, chaíta, chaíta, uraypi, uraypi!»; y los bandidos creyendo que la viejecita llamaba a gente en su ayuda o que era una bruja que podía encantarlos, huyeron para no volver más. Pero en realidad la viejecita indicaba a sus nietos que se frotaran la espalda, e ignorante de todo lo que sucedía en el exterior, les decía en quechua: «¡Arriba, arriba; abajo, abajo! ¡A ese, a ese!», para que ellos supieran qué sitio debían frotar; y de ese modo contribuyó a su salvación, porque, si no, hubiera sido degollada por los pishitacos.